

Lola Fernández en Bellas Artes

Carlos Francisco Echeverría



Lola Fernández

ramente se aplica. En realidad, la mayor parte de la obra de Lola Fernández parece desarrollarse dentro de una intención fundamentalmente lírica e irracionalista. Sus rostros de mujeres de la época japonesa ya insinúan esa tendencia, al presentar ante todo un énfasis en la atmósfera cromática, por encima de un dibujo austero y recogido. Superficiales, pero bien logradas, estas obras nos introducen delicadamente, como las geishas que podrían representar, en un mundo pictórico posterior mucho más rico en valores poéticos y plásticos.

La exposición que comentamos no estaba organizada en un orden cronológico, y muchos cuadros no estaban fechados, de modo que no sabemos en qué orden ser dieron el expresionismo neo-figurativo, el abstracto y los *collages* en la obra de Fernández. Lo cierto es que en la primera de estas tres orientaciones se dan algunas de las obras más interesantes que ha producido esta artista, especialmente *El bobo del pueblo*, una obra notablemente bien lograda, pintada con vigor e inteligencia.

Los *collage* de Lola Fer-

nández, principalmente, fueron los cuadros que alguna vez nos llevaron a señalar confusión y divorcio entre lo conceptual y lo plástico en su obra. En todo el mundo, el fin de la década de los sesenta y el principio de la de los setentas fueron momentos de gran confusión y crisis. Lola Fernández trató de incorporar esos hechos en su obra, mediante la invocación crítica de realidades alienadas o repugnantes, tales como la guerra, la incomunicación, o la degradación de nuestra cultura material en la era del

plástico. No obstante, tales pretensiones chocaron contra el innato temperamento preciosista de la pintora, que hubiera debido acudir, para cumplir con su propósito, a elementos de un lenguaje plástico mucho más crudo, quizá como el de Robert Rauschenberg o el de Rebeyrolle.

En el expresionismo enteramente no figurativo, en la pintura de manchas o campos de color. Fernández logró aciertos mucho mayores, particularmente en la contraposición de manchas o superficies rojas y negras, que nos hacen pensar en el rito constante de la vida y la muerte.

Los arlequines, de Lola Fernández parecen ser más que nada un respiro, un retorno a una figuración quizá intrascendente, aunque más avanzada y compleja que sus pinturas del período que hemos llamado "japonés". Los "arlequines" o "arquetipos" nos hacen pensar en ciertos personajes de Goya, de los que emana una triste candidez, envuelta en luces y colores radiantes. Estos cuadros que,

obviamente, también evocan al Picasso en transición entre el período "rosa" y el período "azul", sirven para indicarnos que la evolución del arte de Lola Fernández obedece a una dinámica interna y no a la necesidad de vender ni a los caprichos del mercado o la moda. Incomprensibles, tristes aunque un tanto chistosas dada su condición absurda, estas pinturas parecen tener sentido ante todo para su autora, pero pueden ser bienvenidas por cualquier espectador.

Desde hace por lo menos dos o tres años, Lola Fernández viene explorando el campo del relieve desde un ángulo interesante.

Sobre fondos de color blanco mate dibujó con tinta china negra, luego pintó con colores fuertes, y finalmente dispone materiales heteróclitos: espejos y trozos de metal. La tendencia se encuentra todavía en un plano experimental: no está totalmente desarrollada, por lo que cualquier enjuiciamiento sería prematuro. No obstante, es reveladora de que esta artista, incursionando en formas cada vez más complejas de trabajo artístico, nos puede sorprender a todos, en cualquier momento, con el hallazgo de una veta profunda, rica y definitiva, que marcaría un hito importante en el desarrollo de la historia del arte costarricense. Si alguna conclusión podemos sacar de la muestra en cuestión, es la de que Lola Fernández es una artista sumamente talentosa y seria, cuyo caudal de creatividad y de lirismo se acerca cada vez más a las formas plásticas que le darán expresión definitiva.

Con la brevedad característica de nuestras exposiciones de arte, y con un nombre de tesis científica ("Algunos aspectos de la evolución del arte de Lola Fernández") se presentó en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica una muestra de pinturas de esta notable artista nacional. La muestra, antológica aunque no exhaustiva, incluyó fundamentalmente cuatro tipos de obras que la artista ha cultivado en los últimos años: retratos de mujeres en los que se combina Modigliani con la estética japonesa; *collages* y manchas de carácter expresionista y apocalíptico; óleos figurativos, casi siempre de arlequines encaramados uno en los hombros de otro, y finalmente relieves abstractos en los que se combinan lo orgánico y lo geométrico, y que parecen ser lo último de la producción de la pintora.

Pintora hemos dicho, y Lola Fernández lo es por encima de todo. De allí que sean los colores la clave fundamental en el desarrollo de su trabajo: colores apastelados de su período japonés; una clara dominancia del rojo —a menudo en combinación con el negro— en el período expresionista; púrpuras, blancos y celestes en sus arlequines, y finalmente un blanco omnipresente en sus relieves recientes.

Alguna vez hemos señalado una cierta distancia entre la dimensión conceptual y la dimensión específicamente plástica de la obra de esta pintora. Esta exposición, parcialmente retrospectiva, nos ofrece la oportunidad de reconsiderar lo dicho, circunscribiéndolo a las obras de Fernández a las que ello verdade-